

miraríais la suavidad de los perfumes y el fervor de las oraciones que sin cesar suben al Señor; el fuego sagrado que nunca se apaga sobre aquel altar; aquel silencio, aquella paz, aquella majestad que allí reina, y al mismo Señor que la ha escogido por morada y que de ella hace sus mayores delicias.

¡Oh, y cómo os mueve su felicidad á una emulacion santa! En vosotros solos consiste el imitarlos: acaso en otro tiempo fueron cómplices de vuestros placeres; ¿por qué, pues, no podreis vosotros ser imitadores de su penitencia? Estableced, finalmente, una paz sólida en vuestro corazon, empezad á cansaros de vosotros mismos. Hasta aquí no habeis gozado perfectamente de la vida, pues no es vivir no pudiendo vivir en paz consigo. Volveos á vuestro Dios que os llama y os espera, desterrad de vuestra alma la iniquidad, y desterrareis al mismo tiempo la raiz de vuestras penas, gozareis de la paz de la inocencia, vivireis felices en la tierra, y esta felicidad temporal será el principio de la bienaventuranza que nunca se acabará. Así sea.



SERMON

PARA EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

LA MUERTE DEL PECADOR Y LA DEL JUSTO.

Beati qui in Domino moriuntur.

Felices los muertos que mueren en el Señor.

Aroc. 14. 13.

Tienen las pasiones humanas un no sé qué de admirable é incomprendible. Todos los hombres quieren vivir y miran la muerte como la última de sus desgracias; todas sus pasiones los aficianan á la vida, y al mismo tiempo sus pasiones son las que sin cesar los dirigen hácia esta muerte que tanto aborrecen, y parece que solo viven para darse prisa á morir.

Todos se lisonjean de que morirán con la muerte de los justos; lo esperan y lo desean. No pudiendo prometerse ser eternos en la tierra, cuentan á lo menos que antes de este último instante se apagarán las pasiones que actual-

mente los dominan y cautivan. Representáanse la suerte de un pecador que muere aborrecido de Dios como una suerte formidable, y con todo eso, van disponiendo para sí, sin inquietud y con tranquilidad, esta misma suerte. Aquel horrible término de la vida humana, que es la muerte en del pecado, los atemoriza y espanta, y con todo eso, caminan alegres como insensatos por el camino que conduce á él. Por mas que se les predique que el morir es semejante al vivir, quieren vivir como pecadores y morir como justos.

Hoy, pues, quiero, católicos, no desengañaros de una ilusión tan comun y tan grosera (esto lo dejo para otra ocasión), sino, ya que la muerte del justo os parece tan apetecible y la del pecador tan formidable, exponeros aquí una y otro y despertar sobre ambas vuestros deseos y vuestro espanto. Como necesariamente habeis de morir en uno de estos dos estados, importa que os acerqueis al espectáculo, para que registrando con los ojos de la consideracion el retrato formidable del uno y la imágen consoladora del otro, podais pronosticar en tiempo cuál de los dos destinos os espera, y tomar vuestras medidas para que la decision os sea favorable.

En el retrato del pecador que muere vereis adónde va á parar por último el mundo con todos sus deleites y toda su gloria. En la relacion de la muerte del justo conoceremos á dónde guia la virtud con todos sus trabajos. En el uno vereis al mundo con los ojos de un pecador que va á morir, y os parecerá vano, frívolo y diferente de lo que os parece hoy. En el otro vereis la virtud con los ojos del justo que espira, y os parecerá grande y digna de estimacion. En el uno comprendereis toda la desgracia de una alma que ha vivido olvidada de Dios; en el otro la felicidad de aquella que solo ha vivido para servirle y agra-

darle. En una palabra, el espectáculo de la muerte del pecador os hará desear vivir la vida del justo, y la imágen de la muerte del justo os inspirará un santo horror á la vida del pecador. Imploramos, etc. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Por mas que apartemos de nosotros la imágen de la muerte, cada dia de los que vivimos nos la va acercando. Apágase la juventud, precipítanse los años, y semejantes, dice la Escritura, á las aguas que salen del mar y que nunca vuelven hácia su corriente, nos arrojamos con rapidez en el abismo de la eternidad, en donde sepultados para siempre, no volveremos atrás para parecer otra vez sobre la tierra. *Et quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur.*¹

Bien sé que todos los dias hablamos de la incertidumbre y brevedad de la vida. La muerte de nuestros parientes, de nuestros súbditos, de nuestros amigos, de nuestros amos, muchas veces repentina, siempre inopinada, nos ofrece mil reflexiones acerca de la fragilidad de todo lo que pasa. Continuamente estamos repitiendo que el mundo es nada, que la vida es un sueño, y que es muy insensato el que se fatiga por cosa que tan poco ha de durar. Pero esto no es mas que hablar, no lo sentimos así. Son discursos de costumbre, y la misma costumbre hace que se olviden.

Pues católicos, figuraos acá en la tierra una suerte á vuestro gusto; dilatad en vuestra imaginacion vuestros dias aun mas allá de vuestras esperanzas; quiero dejaros gozar de esta dulce ilusion; pero finalmente, será preciso caminar por el camino que caminaron vuestros padres. Vereis, por

¹ 2 Reg. 14. v. 14.

último, llegar aquel día que no tiene siguiente, y este será para vosotros el día de vuestra eternidad feliz si morís en el Señor, ó de vuestra eterna desgracia si morís en la culpa. Uno de estos dos destinos os espera. En la final decision de la suerte de los hombres no habrá mas que diestra y siniestra, cabritos y ovejas. Permitidme, pues, que yo os acuerde el tiempo de vuestra muerte, y que en él os manifieste estos dos espectáculos de esta última hora, tan terrible para el pecador y de tanto consuelo para el justo.

Digo terrible para el pecador, que dormido en las vanas esperanzas de conversion, llega finalmente á este último momento lleno de deseos, vacío de buenas obras, casi sin haber conocido á Dios y sin poder ofrecerle mas que sus delitos, y el pesar de ver acabarse unos días que juzgaba habian de ser eternos. Digo, pues, señores, que no hay cosa mas terrible que la situacion de este infeliz en los últimos instantes de su vida, y que á cualquiera parte que se vuelva, ya sea que se acuerde de lo pasado, ya considere lo que actualmente pasa á su vista, ya, finalmente, penetre con los ojos del alma aquel porvenir fatal que está ya tocando, todos estos objetos, que son los que por entonces pueden solamente ocuparle y presentársele, no le ofrecen mas que tristeza y desesperacion, despertando en él unas imágenes las mas funestas y tristes.

Porque, católicos, ¿qué puede ofrecer el tiempo pasado á un pecador que tendido en la cama de la muerte empieza á no contar con su vida, y que en el rostro de todos los que le rodean lee la terrible noticia de que para él se acabó todo? ¿qué ve en la larga sucesion de días que ha pasado en la tierra? Ve trabajos inútiles, deleites que solo han durado un instante y delitos que van á durar eternamente.

Trabajos inútiles.—Presentásele de un golpe toda su vi-

da pasada, y no ve en ella mas que una violencia y una agitacion eterna é inútil; acuerdésele todo lo que ha sufrido por el mundo que se le huye, por una fortuna que se desvanece, por una reputacion que no le acompaña en la presencia de Dios, por unos amigos que pierde, por unos señores que van á olvidarle, por un nombre que solo quedará escrito sobre las cenizas de su sepulcro. ¡Qué pena entonces para este desdichado el ver que habiendo trabajado toda su vida, nada ha ganado para sí! ¡qué pesar el haberse hecho tantas violencias sin haber podido adelantar nada para el cielo, haberse tenido siempre por muy débil para el servicio de Dios y haber tenido fuerza y constancia para ser mártir de la vanidad de un mundo que va á perecer! Entonces el pecador, fatigado y atemorizado con su ceguedad y su engaño, no hallando sino un gran vacío en una vida á quien solo el mundo ha ocupado, viendo que apenas ha empezado á vivir despues de tantos años de vida, dejando acaso llenas las historias de sus hechos, los monumentos públicos cargados de los sucesos de su vida, el mundo lleno de la fama de su nombre, sin dejar nada que merezca ser escrito en el libro de la eternidad ni que le pueda acompañar en la presencia de Dios, entonces es cuando empieza, aunque tarde, á hablar consigo mismo en un estilo que hemos oido muchas veces: ¿Con que no he vivido sino para la vanidad? ¿que no haya yo hecho por Dios lo que he hecho por mis señores! ¡Ay de mí! ¿habia acaso necesidad de tantos trabajos y molestias para perderse? ¿Es posible que no haya yo de recibir á lo menos mi consuelo en este mundo? A lo menos hubiera gozado de lo presente, de este instante que se me huye, y no lo hubiera perdido todo; pero toda mi vida ha estado llena de inquietudes, de esclavitud, de fatigas, de violencias, y todo para

adquirirme una eterna desgracia. ¡Qué locura ha sido el haber sufrido para perderme lo que no hubiera tenido necesidad de sufrir para salvarme, y haber tenido la vida de los justos por una vida triste é insufrible, pues nada han hecho por Dios tan difícil que no haya yo hecho cien veces por el mundo, que es nada, y de quien por consiguiente nada pudiera esperar! *Ambulavimus vias difficiles . . . erravimus a via veritatis.*¹

Sí, católicos, en este último instante se os representará todo con muy diferentes ideas de las que hoy os figurais. Contais al presente los servicios hechos al Estado, los puestos que habeis ocupado, las acciones en que os habeis distinguido, las heridas que dan testimonio de vuestro valor, el número de vuestras campañas y lo distinguido de vuestros empleos; todo esto os parece verdadero. Los aplausos públicos que lo acompañan, las recompensas que lo siguen, la fama que lo publica, las distinciones á ello anexas, os acuerdan vuestros dias pasados como dias completos, ocupados, señalados cada uno con memorables acciones y con sucesos dignos de conservarse en la posteridad. Aun dentro de vosotros mismos os distinguís de aquellos hombres inútiles de vuestra clase que siempre han vivido en una vida oscura, cobarde é inútil, y que han deshonrado su nombre con el ocio y costumbres afeminadas que los han dejado sepultados en el olvido; pero en la hora de la muerte, en aquel último instante en que el mundo huye y la eternidad se acerca, se abrirán vuestros ojos, se mudará la escena, se disipará la ilusion que os aumenta estos objetos, todo lo vereis al natural, y todo lo que os parecia tan grande, como solo lo hicisteis por el mundo, por la gloria, por la for-

¹ Sap. 5. v. 7. 6.

tuna, os parecerá nada. *Aperiet oculos suos*, dice Job, *et nihil inveniet.*¹ Solo hallareis verdadero en vuestra vida lo que hubiéreis hecho por Dios, solo digno de alabanza las obras de fe y de piedad, solo grande lo que sea digno de la eternidad, y un vaso de agua fria dada en nombre de Jesucristo, una sola lágrima derramada en su presencia, la mas leve violencia sufrida por él, os parecerá mas precioso, mas digno de estimacion que todas las maravillas que admira el mundo y que perecerán con él.

No solo halla en su vida pasada el pecador que muere trabajos perdidos; halla tambien la memoria de sus placeres, y esta memoria es la que le consterna y le consume. Halla unos placeres que solo han durado un instante; ve que ha sacrificado su alma y su eternidad á un momento fugitivo de deleite y embriaguez. ¡Infeliz! Hábiale parecido demasiado larga la vida para consagrarla toda entera á Dios; no se atrevia á emprender en tiempo el partido de la virtud, temiendo no poder sufrir la molestia, sus dilaciones y las resultas; miraba los años que aun le faltaban como un espacio inmenso que era preciso andar, llevando sobre sí la cruz, viviendo separado del mundo y ejercitándose en obras de cristiano. Este solo pensamiento detuvo siempre sus buenos deseos; esperaba para volverse á Dios la última edad, como en la que es mas segura la perseverancia. ¡Qué espanto el ver en esta última hora que lo que le habia parecido tan largo no ha durado mas que un instante, que su niñez y su vejez se tocan tan de cerca, que no forman mas que un solo dia, y que desde el seno de su madre hasta el sepulcro no ha dado mas que un paso! Aun no es esta la mayor amargura que halla en la memoria de

¹ Job 27, v. 19.

sus deleites; desaparecieron éstos como un sueño; pero el que en otras ocasiones se preciaba de ellos, se halla ahora cubierto de confusion y vergüenza; á sus altanerías ha sucedido la flaqueza y cobardía; preciábase delante de los hombres de talento, de elevacion, de valentía; ¡oh Dios mio! al presente se halla el mas débil y despreciable de todos los pecadores! Acaso su vida fué prudente en la apariencia; pero en la realidad estuvo llena de la infamia de los sentidos y de la puerilidad de las pasiones; una vida acaso gloriosa en la presencia de los hombres, pero á los ojos de Dios la mas vergonzosa, la mas digna del oprobio y del desprecio; una vida á la que acaso acompañó siempre la felicidad; pero en lo interior la mas insensata, la mas frívola, la mas vacía de reflexiones y prudencia. Finalmente, halla placeres que han sido tambien la raiz de todos sus pesares, que emponzoñaron toda la dulzura de su vida, que mudaron sus dias mas alegres en dias de furor y de tristeza; placeres que compró siempre muy caros y de los que solo sacó molestia y amargura. A esto se reduce esta vana felicidad. Sus pasiones son las que le ocasionaron una vida desgraciada, y no tuvo en toda ella un instante de tranquilidad sino aquel en que estuvo libre de ellas. Los dias de mis deleites se huyeron, dice entonces el pecador hablando consigo mismo, pero con distintas disposiciones que el santo Job; estos dias que han sido el motivo de todas las desgracias de mi vida, que han turbado mi sosiego y aun la tranquilidad de la noche me la han mudado en pensamientos lúgubres y tristes. *Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt torquentes cor meum.*¹ ¡Y con todo eso, ¡oh gran Dios! castigareis los pesares é inquietudes de mi vida desgraciada!

¹ Job 13, v. 26.

¡Escribís contra mí en el libro de vuestra indignacion todas las amarguras de mis pasiones, y preparais una desgracia eterna y sin medida á los deleites que han sido siempre el motivo de todas mis desgracias? *Scribis enim contra me amaritudines, et consumere me vis peccatis adolescentiae meae?*¹

Esto es lo que halla el pecador, cuando muere, en la memoria de lo pasado; delitos que durarán eternamente, las flaquezas de la niñez, las disoluciones de la juventud, las pasiones y escándalos de una edad mas avanzada, y aun acaso tambien los desórdenes vergonzosos de una licenciada vejez. ¡Ah católicos! mientras tenemos salud no vemos mas que la superficie de nuestra conciencia, no tenemos mas que una vaga y confusa memoria de nuestra vida, solo vemos en nuestras pasiones la que actualmente nos cautiva: un hábito vicioso no nos parece mas que un solo delito; pero al tiempo de morir se disipan las tinieblas que cubren la conciencia del pecador. Cuanto mas sondea su corazón, halla en él mayores manchas; cuanto mas penetra este abismo, ve en él mayores monstruos; piérdese en este caos, no sabe qué partido tomar para empezar á aclararle, necesitaria para esto una vida entera; ¡pero ay! el tiempo pasa y apenas le quedan mas que algunos instantes; tiene precision de hacer una confesion precipitada, para la que apenas bastaria un largo espacio de tiempo y á la que en el instante siguiente sucederá el terrible juicio de la divina justicia. ¡Oh Dios mio! mientras dura la vida nos quejamos de la infelicidad de nuestra memoria, de que todo se nos olvida, y es necesario que supla el confesor nuestra falta de atencion y nos ayude á juzgarnos y á conocernos á nosotros

¹ Ibid.